



## EL SEXO COMO COARTADA

Dr. Juan Grijalva.

Se ha especulado hasta la fatiga acerca de porqué el hombre es el único entre los seres vivos, que ha llegado a "sexualizar" toda su existencia. El único que puede arribar a erigir tal actitud en pasión predominante.

El sexo puede ofrecer sin duda, algunas de las mas intensas vivencias-placenteras. Para muchos es el prototipo de la embriaguez y la exaltación. En gran número, lo tienen como la mas estremecedora fuente de satisfacción en la vida; de ahí que para ellos se transforme en el centro de su existencia. En mayor o menor medida los hombres expresan su patología y su salud a través del sexo. Muchos derivan a través de él la mayoría de su energía vital y así evitan emplearla en empeños mas elevados que pudieran llevarlos hasta la autorrealización. Para ellos es el canal evacuador predominante de su fuerza, ya sea que se propongan vivir como amos subyugadores o como esclavos subordinados.

Quizá lo que hace que el sexo cobre tanta preeminencia en la vida humana es que en su ejercicio o en su abstinencia, la excitación de la dominación sado-masoquista, puede ser llevada hasta sus últimas consecuencias. En pocas actividades humanas todo puede subordinarse de tal modo al placer del sufrimiento o al goce de provocarlo.

En estas condiciones puede recurrirse a las mas complejas conductas sexuales para usar al otro y no estar verdaderamente con él. Puede emplearse la imaginación fantástica mas desbordada en urdir edificaciones sexuales agotadoras hasta la extenuación. Puede llegarse en ellas a la abyección máxima y a

la máxima crueldad. Al fuego destructor y la frialdad asesina. Al sexo obsesivo y a la renuncia total de él para mantener al hombre en cautividad. Puede -- utilizarse el sexo toda la vida como arma secreta. Puede ejercerse para evitar toda aproximación o comunicación con el otro.

Es transformado en receptáculo de resentimiento y en instrumento de desconexión y soledad, o bien en mecanismo de frenesí enajenado.

Es pervertido y usado como sustituto de plenitud y falso sucedáneo de éxtasis. Puede omitirse de por vida o transmutarse en ocupación de tiempo completo. Depravarse en mercadería de venta y de compra. Acometerlo como una diversión, un oficio o una monomanía.

Se llega a empuñarle como arma suicida o homicida. Sirve para perder el tiempo y para perder la existencia. Ha llegado a ser considerado como el -- "fons y el origo" de todo. Como el impulso rector del Ser.

El sexo puede ser utilizado de modos innumerables en fin, para no tener tiempo de ejercer la vida.

Centrar el tiempo todo en las peripecias que sufre el impulso sexual, -- sigue una coartada favorita del hombre para excusarse de no ejercer toda la -- responsabilidad de su existencia.

De ahí que las actitudes ante él han variado a lo largo de la historia desde la más trivial hasta las de aquellos que lo transforman en pivote de toda una cosmovisión, de una Weltanschauung, de una concepción del Universo.

Pero si abrazarse al sexo como estampida ante el temor de vivir es una grave renuncia, más peligroso es considerar las realizaciones máximas del -- ser humano, solo como sustituciones de él; es decir, derivaciones más o menos frustradas del impulso de la libido sexual, ya que ello equivale a despojar-



a los mas grandes logros de la creatividad humana y al amor, de lo que tienen como adquisiciones sui-géneris, intrinsecamente peculiares del hombre, como un fruto nuevo en la escala evolutiva, como resultado de sus posibilidades mas altas.

No es extraño pues, en este proceso creciente de magnificación del sexo, que el padre del psicoanálisis haya fincado su genial edificio, en particular en la primera mitad de su carrera, sobre lo que él consideraba la piedra clave del sexo. Así su revolucionario hallazgo del inconsciente, se vió ensombrecido por su monoideismo sexual que ocupaba a aquel casi de modo total con exclusión de todo otro impulso engendrador de formas de vida superior.

Para Freud el poderoso instinto del sexo se confronta con el agonizante Yo, cuya única salida es reprimirlo a costa de enfermar o sublimarlo cambiando su objetivo y su finalidad por otros mas elevados desde el punto de vista social o ético. Aunque esta modificación no dejaría de operarse a fin de cuentas sin un vago desencanto y sufrimiento.

Aun los vínculos singularmente firmes y duraderos entre los hombres, las relaciones afectuosas entre padres e hijos, la amistad y el cariño conyugal, nacen según él considera, del impulso sexual desviado que tiene que contentarse con estas satisfacciones un tanto parciales, no del todo carentes de un grano espurio, como corresponde a aproximaciones a una meta que no se logra del todo. (El malestar en la cultura).

Mas aún, las mas profundas vocaciones científicas y las mas altas expresiones de la creatividad artística y científica en sus diversas formas solo serían ramificaciones mas o menos desviadas en el camino del sexo, tenden-



cias sexuales de fin inhibido.

Sabemos que mas adelante llega a considerar que solo son instintos de vida, los de la libido sexual, el Eros, cuyo propósito sería formar con la subtancia viva, unidades cada vez mas complejas, conservando así la perduración de la vida y su progresión a evoluciones superiores. En esta última elaboración de su teoría, todo lo que no es sexo en los impulsos humanos, son instintos que laboran silenciosamente en el fondo para conducir a la muerte al ser vivo.

La vida no habría evolucionado entonces sino para sexuar o para morir, y lo que diferenciaría al hombre del resto de los animales es que podría retorcer mas o menos dolorosamente el impulso sexual, para formar la cultura.

Los mas elevados actos humanos son asi fruto de la frustración, no - por menos ligera, no menos cierta meras estratagemas para burlar el erotismo. No son producto de gérmenes auténticamente nuevos, que distinguen al hombre del animal, sino solo de su-habilidad, aprendida con dolor para des- viar la energía sexual.

En cada individuo solo se reproduciría una suerte de tragedia cósmica- en la que la muerte termina por vencer al sexo, cuya inhibición y transmutación dejaría mayores o menores restos de cultura que sería lo único que se salva.

El hombre no equivaldría sino a un animal que ha tenido que engañar su impulso erógeno sexual fundamental para obtener energía con que confeccionar sus máximos logros, que no serían sino pálidas astillas de libido equivocada. - Vistos así los mas cimeros productos de la creatividad humana, son fruto del- desengaño y pueden estar sujetos por ello a frágil permanencia, a destrucción



definitiva en el momento en que la omnipotente libido vuelva por sus fueros, o a fin de cuentas cuando el impulso de muerte termine por señorearse de los dominios del eros, o quizá cuando los dos misteriosamente unidos provoquen el riesgo de que vuelva el hombre a la animalidad.

Vale decir, por tanto con esta visión que toda suerte de iluminación es ilusoria, vana hija del desengaño, del impulso sexual trastocado; un vago parpadeo peligrosamente sujeto a extinción ante la amenaza vengativa de los instintos engañados.

Este riesgo es tal, dado que ambos instintos el eros y la muerte son para Freud tendencias intrínsecas de la substancia viva a la reconstitución de un estado anterior, o sea que están históricamente condicionados, son de naturaleza conservadora y como manifestación de una inercia o una elasticidad de lo orgánico, ambas clases de instintos, el Eros y el instinto de muerte, actuarían y pugnarían entre sí desde la primera génesis de la vida siempre en constante agonía, mas ¿quién podría augurar el desenlace final?

Por otro lado enfatizó que el comienzo de la sexualidad infantil (Esquema del Psicoanálisis) coincide casi con el principio de la vida intrauterina. Pero no advirtió que otras potencias mentales superiores legítimas e independientes pueden también iniciarse desde entonces, emancipadas de los instintos.

Resignadamente reconoce en el ejercicio del arte y la ciencia, actividades encaminadas a la mitigación de deseos insatisfechos y ello tanto en el creador como en el espectador o beneficiario. (El interés del psicoanálisis en la estética). Lo mismo podría decirse de las otras actividades humanas, como las preocupadas en problemas sociales, políticos, antropológicos, etc.

Para él, las fuerzas impulsoras del arte y la investigación científica, -

son aquellos mismos conflictos sexuales que conducen a otros individuos a la neurosis y que han movido a la sociedad a la creación de sus instituciones.

Afirma, apoyando a Rank la idea de que, la insatisfacción de sus deseos libidinales, le lleva al creador a buscar su propia liberación y la consigue comunicando su obra a aquellos que sufren la insatisfacción de iguales deseos.

De este modo presenta realizadas sus fantasías, pero si éstas llegaron a constituirse en una obra de arte por ejemplo, es mediante una transformación que mitiga lo repulsivo de tales deseos, encubre el origen personal de los mismos y ofrece a los demás, atractivas primas de placer ateniéndose a normas estéticas. Para el psicoanálisis es fácil descubrir, según el iniciador del mismo, al lado de la parte manifiesta del goce artístico o de la preocupación científica, otra parte latente (menos espiritual y desinteresada) mucho más activa, procedente de las fuentes ocultas de la liberación de los instintos libidinales sexuales. (El múltiple interés del psicoanálisis. Tomo II pl 886).

Así las peripecias de la libido infantil serían las responsables de la labor del creador adulto y de las intensas experiencias que su obra provoca en los otros. De esta suerte, el absorberse en la mecánica cuántica, en los problemas de la filosofía, en la contemplación del Taj Mahal o en la audición de los últimos cuartetos de Beethoven, ocultan solapadamente la satisfacción secreta de hambres sexuales infantiles.

Así el hombre, ocupado en las cumbres más altas del pensamiento y del espíritu, solo estructura un complicado edificio fincado en la insatisfacción de sus deseos eróticos y en la búsqueda vergonzante de su compensación. La creatividad general queda relegada de este modo a una suerte de ilusoria mentira, un



pacto precario, dominio intermedio entre la realidad que nos niega el cumplimiento de nuestros deseos eróticos arcaicos y el mundo de la locura que nos procura su satisfacción abierta; una comarca de fantasía, a fin de cuentas solo equivalente al de la humanidad primitiva o a la del bebé narcisista en el que conservan toda su energía, las aspiraciones a la omnipotencia ilimitada.

Es decir, de acuerdo con el creador del psicoanálisis, los campos del arte y de la ciencia, son unos de los pocos en los que el hombre puede secretamente entrar en orgías de omnipotencia pueril y sentimiento oceánico casi psicótico.

Pero si la tentativa del Yo del hombre de dominar su omnipotente sexualidad diera origen a todas las peripecias de la vida, aun a sus productos mas nobles, el futuro del hombre no sería un proceso de evolución y crecimiento, sino resulta del encadenamiento creciente de un impulso instintivo. El hombre no sería hijo del desarrollo total de sus fuerzas vitales, sino de la cautividad de su omnipotente instinto sexual.

De este modo el hombre estaría destinado, no a la plenitud propia de su libertad, sino a la insatisfacción secreta de un encarcelamiento.

Condenada así la creatividad a pesar de la sublimación o acaso por ella a ser un sucedáneo espureo del sexo, a una desviación manipulada y adulterada de éste, puede llegarse un poco mas alla a la conclusión de que tal creatividad puede ser usada como vehículo de dominio, sumisión, distracción o desviación.

Y ciertamente, basados en la afirmación de que la creación es solo capitulación del sexo no faltan los que afirman que las artes y por ende otros hechos del impulso creativo, no sirven sino para distraer, divertir, despistar, -

desorientar a los súbditos del Estado, no importa de qué índole sea el gobier--no.

Se ha podido aún aventurar que no son ni siquiera un producto de la destilación sublimada de los instintos, sino simples medios de desviación del conflicto dominio-sumisión, y evitación de la rebelión. En suma, solo son mecanismos de servidumbre y de supeditación.

Así, si el sexo puede ser utilizado como un artefacto para doblegar y -dobleparse, también los derivados de él, que de por sí implican algún grado de frustración y tortura, como serían los resultados de la voluntad de creación - en particular la artística; solo servirían para adormecer y desvigorizar, para debilitar el espíritu de rebeldía y fortalecer el deseo de sometimiento y capitulación, de abdicación de la libertad individual y colectiva. Así este derivativo del sexo gobernado, la ciencia, como también el arte y la religión solo serían dispositivos de la dominación; mecanismos para mantener en la pasividad a la mayoría de la sociedad: los espectadores. Los artistas torturadores de su - - sexo sublimado, serían los debilitadores del espíritu de insurgencia, los que - divierten al público y le administran el circo del Cesar y se alían al poder del dominador.

Un paso más y Deleuze puede afirmar que "el arte es el más alto poder de lo falso, pues magnifica al mundo como error, santifica la mentira, hace de la voluntad de engañar un ideal superior". Puede argumentarse entonces que el artista que doblegó y sublimó su sexo de acuerdo a la teoría freudiana, - no sería sino un falsificador, un engendrador de valores e ideales que se eri - gen como vigilantes de los sometidos, en tanto que estos, deben abedecer a - - esos ideales o valores. Vale decir entonces que los frutos del creador humano,





no son sino instrumentos de los dominadores, aliados de la parte activa, sádic - ca exploradora de la sociedad contra la parte pasiva, masoquista, explotada.

Concordar con Freud implica admitir también que el amor hacia una - criatura o hacia todas las criaturas, no es sino el resultado decepcionante de - la desviación del impulso sexual que se ve coartado en su fin.

De suerte que el amor místico de hombres como Francisco de Asis, no sería sino una técnica perfeccionada de esta desviación libidinosa. Que tras ve - ricuetos y peripecias sofisticadas solo sería su coartada para satisfacer su - - omnipotente principio del placer; en tanto que su compasión universal que - le hermanaba a todas las criaturas, constituiría una velada regresión al narcis - ismo primario, a su enfermizo sentimiento oceánico infantil enmascado.

Las mas excelsas producciones humanas junto con las formas de destruc - tividad más graves no serían sino una suerte de tirotoxicosis del espíritu, enfer - medades de Basedow del alma que lo mismo pueden llevar a planear crímenes - sin nombre, homicidios bélicos de millones de seres, que a cometer la pasión - según San Mateo de Bach, o perpetrar el Bhagavad Gita indú; o inflingir a la hu - manidad teorías como la de la relatividad, la corpuscular y ondulatoria, o la de la interacción de fuerzas del centro del átomo.

Tal cómo nos ha sido impuesta, la vida para Freud, basada en coarta - ciones de los instintos fundamentales le parece demasiado pesada, (El males - tar en la cultura), nos depara excesivos sufrimientos, decepciones, empresas - imposibles. Para soportarla no podemos pasarnos sin lenitivos según aclara. - Los hay de tres especies: para él 1) distracciones poderosas que nos hacen pa -

recer pequeña nuestra miseria; 2) satisfacciones sustitutivas que las reducen;-  
3) narcóticos que nos tornan insensibles a ella. Alguno cualquiera de estos re-  
medios nos es indispensable dice. También la actitud científica, que dimana -  
del impulso sexual coartado, es una diversión semejante. Las satisfacciones -  
sustitutivas como nos las ofrece el arte, que tienen el mismo origen, son fren-  
te a la realidad, ilusiones. La religión sería otra, y que obraría como delirio-  
colectivo.

Y aún estas satisfacciones estarían gobernadas por un desdichado prin-  
cipio del placer, o al menos servirían para la finalidad de evitar el sufrimien-  
to. En consecuencia, puede advertirse de todo esto, que lo único que el hombre  
puede conseguir es un tibio e inestable bienestar, una evitación parcial del do-  
lor. Nunca una plenitud que nazca del ejercicio de la libertad y de las poten- -  
cias de la vida.

Pero las satisfacciones derivativas del sexo como las mencionadas, a -  
saber, las que el artista experimenta y comunica en su obra, o sea en la en -  
carnación de sus fantasías, las del investigador en la solución de sus proble- -  
mas y en el descubrimiento de la verdad, hemos de limitarnos, asevera Freud,  
a decir metafóricamente que nos parecen mas "nobles" y mas "elevadas", sin-  
embargo comparativamente carecen de una intensidad como la provocada por -  
la satisfacción abierta de los impulsos libidinales primarios de cuya sublima -  
ción provienen.

Pero mas aún, el punto débil de este método sublimatorio, según este -  
autor, reside en que su aplicabilidad no es general, en que solo es accesible -  
a pocos seres, pues presupone disposiciones y aptitudes peculiares, que no -  
son precisamente habituales, por lo menos a un nivel eficaz. Deja entrever - -



que al hombre burdo le estan deparadas satisfacciones groseras pero de suficiente intensidad, pues no somete a tantas tortuosidades su impulso sexual sino que lo satisface de modo mas directo. En cambio el intelectual sofisticado, hijo de la cultura que castiga la libido hasta destilarla en sublimaciones, obtiene de ello solo pálidos reflejos, quimeras de la fantasía. Y aún a estos escasos individuos no puede ofrecerseles una protección completa contra el sufrimiento; la sublimación en forma de las 3 grandes creaciones humanas: ciencia, arte y religión, no los reviste de acuerdo con Freud con una coraza impenetrable a las flechas del destino y suele fracasar cuando el propio cuerpo se convierte en fuente de dolor y enfermedad.

Freud apunta que la vocación al trabajo es otra distorsión libidinal, que ayuda, pero "de ella suele huir el hombre con aversión y solo se le somete ante el imperio de la necesidad".

Empero si el varón posee al menos esta posibilidad variable de sublimar el sexo, por medio de su renuncia parcial o total, el caso de la mujer empeora pues está escasamente dotada según afirma Freud para la sublimación sexual. Apunta que ella representa los intereses de la familia y de la vida sexual; la obra cultural en cambio se convierte cada vez mas en tarea masculina, imponiendo a los hombres dificultades crecientes y obligándolos a sublimar sus instintos, poder que la mujer no posee en abundancia. Dado que el hombre no dispone de energía psíquica en cantidades ilimitadas, se ve obligado a cumplir sus tareas mediante una adecuada distribución de la libido sexual. La parte que consume para fines culturales, la sustrae sobre todo a la mujer y a la vida sexual y descuida así sus deberes de esposo y padre. Son pues las mujeres para Freud las causantes de mayor discordia contra la sublimación



creativa, masculina oponiéndose así a la corriente cultural por medio de su influencia dilatoria y conservadora. Olvidan que ellas originaron el fundamento de la cultura con las exigencias de su amor. (Malestar en la Cultura).

Mas la creatividad artística y científica, como hijos en cierto modo bastardos del sexo vergonzante, solo nos proporcionan según la idea freudiana - - una ligera narcosis o una incierta diversión, en la que nos vemos sumergidos - temporalmente, pero el hecho de su ilegitimidad, los transforma solo en refu- gios fugaces y carecen del poderio suficiente para hacernos olvidar la miseria total. Un paso mas allá en la estrangulación de los instintos estaría el hermita ño y aun el místico que tendrían la virtud de transformar la libido en ilusiones delirantes de comunidad con el cosmos, no distantes a las del niño narcisista - que no distingue aún su piel que lo separa del mundo ir mas lejos lleva a cons- truir un universo despojado de sus rasgos intolerables en que la libido se satis face por, canales simbólicos y el individuo coartando amarras con la realidad- amenazante, se interna en la psicosis.

Hay otro doloroso método mas para Freud de resolver la vida dando - - otro cauce a la libido sexual, que consiste en utilizar el desplazamiento de tal- instinto hacia las experiencias amorosas que se transforman así en el centro - de todas las cosas; en el hecho de amar y ser amado. Pero para él, "el punto - débil de esta técnica del arte de vivir, es que jamas nos hallamos tan a mere- cer del sufrimiento como cuando amamos. Jamas somos tan desesperadamente infelices como cuando hemos perdido el objeto amado o su amor"; afirma de- - cepcionado.

Lo desolador para él en la búsqueda de la belleza y su goce, donde quie ra que sea accesible a nuestros sentidos y a nuestro juicio, es decir la belleza en las



formas y gestos humanos, en la naturaleza, en los paisajes o en las creaciones artísticas y aun en las científicas o en los objetos de nuestro amor, es que su goce, amén de emocional o ligeramente embriagador, no tiene autonomía propia. Lo único seguro en todo ello es su derivación del terreno de las sensaciones sexuales. Obtienen de ellas su reflejo y están condenadas a ser fatalmente substitutivas. No son sino sucedáneos de una tendencia instintual coartada en su fin. Su origen es bastardo; su vigor no es primigenio. No son genuinas.

Así, el designio de ser felices que nos impone el principio del placer es irrealizable; desde que el impulso libidinal básico, está sojuzgado por la cultura; debe ser substituido por una consolación resignada.

La felicidad del hombre en tales inexorables circunstancias es inalcanzable; y aun en el caso de los hombres superiores, depende de la capacidad que el individuo tenga para coartar el instinto sexual y gobernándolo del modo más exitoso, logre sublimarlo. Solo ante tan profunda y compleja transformación y reestructuración instintual, que más se parece a un sometimiento y domesticación por radical que parezca, que a una liberación, se conseguirían metas más "nobles", que merezcan la aprobación de la cultura.

Otras técnicas le restarían al hombre si fracasa en estas y son la fuga a la neurosis, que implica un pacto parcial con el impulso sexual, o bien el recurrir a la intoxicación crónica que mitiga la frustración libidinosa. Mas allí solo le queda como se mencionó, esa desesperada tentativa de repudio del mundo real, que tampoco es la liberación total de los instintos, sino solo a través de equivalentes simbólicos, que es la locura.

Pero el hombre de tiempo en tiempo para Freud seguira recurriendo – quizá como una fatalidad, a la total sumisión a los poderes superiores, que el-

hombre inventa que proceden también de las vicisitudes de la libido y que constituyen las religiones, suerte de delirios colectivos que proporcionan una fuerza de consuelo y esperanza, ilusorios.

Este destino trágico del hombre atrapado por una parte entre la espada del instinto de muerte y por otra la pared del impulso erótico coartado le hace preguntar a Freud desesperado: ¿"De que nos sirve por fin, una larga vida, si es tan miserable, tan pobre en alegrías y rica en sufrimientos, que solo podemos saludar a la muerte como feliz liberación"?

Pareciera ser por ende que el hombre es el único animal que "sexualiza" su existencia de modo tal que puede llegar a impregnarla de sexo como estratagema para evadir su evolución hacia el total despertar. Freud no fue sino el último eslabón en esta cadena pansexualista a la que tiende el hombre como evasión. El no sería en este campo sexual un precursor, un iniciador, la causa de un movimiento revolucionario, sino el final de una tendencia a sacralizar el sexo, como coartada para no vivir en plenitud. En suma él solo habría logrado la sublimación de la coartada.

El destino del hombre del porvenir, es ser él de modo pleno y total, no le queda otra posibilidad para lograrlo que rechazar todas las excusas, incluyendo la sexual que ha sido una de sus favoritas. Evadir la responsabilidad ante su crimen contra sí mismo mediante estos trucos ya no es admisible. El sexo y sus peripecias, aun racionalizadas con gran sofisticación, se transforman tan peligrosamente en instrumento de poder y de sumisión, que se convierten en mortífera arma de destrucción.

Si las realizaciones superiores del hombre son resultado del sacrificio de los instintos eróticos, puede concluirse que por ello están condenados tam-



bién a ser fuente de malestar y sufrimiento. Tendríamos que admitir de acuerdo con Freud que todos estos bienes, conquistas de la cultura, tienen un origen ilegítimo. Que con ellos el hombre ha llegado a ser, en sus propias palabras, por así decirlo, "un dios con prótesis; bastante magnífico cuando se cubre con todos sus artefactos, comprados secretamente con dolor y fraude al sexo, y que por consiguiente no crecen de su cuerpo, sino son añadidos, por lo que no dejan de procurarle a veces muchos sinsabores".

Con este punto de vista se está impedido de admitir que lo que ha ocurrido con el hombre, que lo que lo separa radicalmente del resto de la naturaleza, es que tiene que trascender su vida creando universos nuevos dentro y fuera de él, reestructurando la realidad que encontró y relacionándose de modo nuevo y de mejor manera con ella.

Cuando Aldous Huxley diseñó en "Un mundo feliz" sus comprimidos "sucedáneos de pasión violenta", que desenfadadamente eliminaban al sexo, tocaba con humor esta realidad, le concedía toda su jocosa importancia y lo eliminaba de un plumazo irónico.

En cierto modo pareciera ocurrir que en nuestro mundo actual el predominio del sexo se ha incrementado, pero si alguna conveniencia hubiera en ello, estribaría en que ello contribuye cada vez más, a desmitificar el juego erótico; el cual pasa de la demonología al lugar común. De pecado capital prestigiooso degenera cada vez más en leve falta venial. Si esta diversión de moda termina por banalizarse, si la juventud, ocupada en otras inquietudes sociales lo rutiniza con desenfado y lo neutraliza con toda suerte de contraceptivos, ello podría contribuir a arrebatarse al sexo uno de los más truculentos prestigios con los que pérfidamente se le ha usado; el de generar vida, y se le retrotrae

ría a su justo valor en la economía de la vida humana: si bien importante, no -  
omnipotente, de contribuir a la relación genuina entre los seres humanos. Que -  
daría pendiente el último reducto del sexo el tabú final: el incesto, que Freud -  
inmortalizo en el complejo de Edipo: el que contribuye de modo definitivo a la -  
sacralización de la madre: el que la transmuta en un objeto sexual prohibido -  
para el hijo varón. Siempre se temió que la copulación del hijo con la madre -  
sería la culminación de la simbiosis, en la que aquel cae ya definitivamente -  
dentro del seno de ésta, y no puede negarse que ello puede ocurrir: pero tam -  
bién puede sospecharse que dicho acto podría contribuir quizá vulgarizar a la -  
deidad materna, a desplomar a la diosa madre asexual, aunque también pro -  
fundamente sexual, de su altar inalcanzable en la mente del hijo y de la espe -  
cie.

El derrumbe del tabú del incesto, acabaría con otro de los prestigiosos  
diabolismos del sexo y quizá lo llevaría a su declinación como actividad aterra -  
dora y omnipotente y como instrumento de manipulación.

Podría pensarse que se vaticinan nuevas Sodomas y Gomorras, ¿pero -  
no fue el supuesto fuego purificador lanzado contra aquellas desprestigiadas -  
ciudades pecadoras, un principio de divinización infernal e hipertrófica del -  
sexo, que ha colaborado a que el hombre lo utilice como dispositivo de eva -  
sión? Ocuparse de él con exceso creciente como centro de la vida, no nos ha -  
llevado hasta su consagración definitiva en la teoría de Freud? Algo hace sos -  
pechar que su reubicación como impulso importante pero no cosmocéntrico en -  
la economía de la existencia del hombre, permitiría que ésta viera mitigada su  
destruccion y pudiera tomar derroteros mas altos que la están esperando.

Si lo verdadero es un hacer, un dar a luz, un transformar las condicio -





nes, la verdad no es, se hace. Si la historia del hombre ha sido el ejercicio - del poder concebido como dominio sobre la naturaleza y sobre las posibilida- des instintuales del hombre, es necesario una estrategia que conduzca, como - objetivo final, a largo plazo para las sociedades y a corto plazo al menos para algunos individuos, a la expansión de las posibilidades de vida y al poder, con- cebido como poder hacer, como liberación de potencialidades que también sub- yacen inconscientes.

El hombre se ha pasado la historia entera diseñando toda suerte de es- tratagemas, para escapar de lo que mas teme: el confrontar sus auténticas capaci- dades vitales y creativas en toda la extensión de la palabra y responsabilizar - se de su desarrollo. En el psicoanálisis de individuos aislados, como en los - grupos sociales, comprobamos diariamente que el hombre puede perdonar to - do, salvo que se le desnude y se le muestren sus auténticas fuerzas pues en - tal punto es expulsado del paraíso infantil irresponsable, hacia la intemperie - de la libertad. Es entonces cuando se revuelve, se refugia en la enfermedad y aún en la destructividad y la muerte.

En esta estampida ante la salud se ha abrazado también al sexo como - coartada. -Utilizar desde la cópula aislada, hasta la teoría pansexualista, to - talizadora para despojarse de la legitimidad y autenticidad de sus mejores rea- lizaciones, obedece a un ardid, viejo como el mundo, una celada para hacerse caer en el camino de la autonomía total, para evitarse la realización de la exis tencia y la experiencia de la plenitud que de ello puede derivarse.

Sexo y poder, es binomio asociado desde tiempos arcaicos, tiene el - propósito de evitar nuevas formas de germinación que son peculiares al ser hu- mano como especie y que lo adelantan a los otros animales; eliminarlo y facili tar dicha germinación, podría ser el siguiente paso evolutivo de la vida.